

## **Franja 1 de experiencias: Bibliotecas y lectura en la ruralidad Compartiendo semillas y palabras: Historias que vuelan por el campo**

### **El caso de la Biblioteca Agroecológica El Uval, Sembradores de Palabras y Biblocarrito R4**

#### **Introducción**

*Sembraremos las semillas para que la tierra se mantenga viva.  
Sembraremos las palabras para que la memoria perviva en nuestros frutos.*  
Jaibaná

Este documento nace a partir de la invitación, hecha desde el programa de Estímulos de la Secretaría de Cultura y su Dirección de Bibliotecas, a dialogar entre procesos de bibliotecas comunitarias y procesos de lectura que compartimos el interés y preocupación por la manera en que se experimenta la lectura desde la ruralidad en Bogotá. Somos tres iniciativas que, en distintos lugares de la extensa zona rural bogotana, desde distintas metodologías, propuestas y enfoques, trabajamos con nuestras comunidades alrededor de la lectura, entendida también como agente transformador y develador, denuncia, exposición y exaltación del territorio, de la identidad de sus habitantes, detonante de reflexiones, palabras, deseos de cambio y mejora de su calidad de vida.

Esperamos que este pueda ser un insumo que sirva para dar a conocer, problematizar y dialogar alrededor de lo que nos mueve: aunque distintas en nuestra manera de trabajar, creemos que la palabra es semilla que se cuida con esmero, proceso de largo aliento; que muda, como una serpiente, de piel, y que, en su búsqueda, se mueve, llega a otros lugares con su mensaje, para retoñar en los terrenos más inesperados.

#### *Sembradores de palabras*

El proyecto Sembradores de palabras propone escenarios de reflexión y dinamización colectiva de las estrategias y las prácticas de fomento, de apropiación y de circulación de la cultura escrita en barrios frontera de las localidades de Usme y Ciudad Bolívar. Encontrarse para jugar, leer, conversar y reflexionar acerca del día a día de líderes y lideresas de las comunidades; promotores y promotoras de lectura; bibliotecarias y ludotecarios; personas apasionadas por compartir la lectura y la escritura, para generar un diálogo sobre las concepciones, prácticas, metodologías y sentires en el camino del trabajo comunitario de la mano de las palabras, las historias, los libros, los poemas, ese universo magnifico de la cultura escrita.

#### *Biblioteca agroecológica El Uval*

La biblioteca es como una serpiente, sinuosa, de altos y bajos. Ha mudado de piel: como luce actualmente es el resultado de una siembra anterior, nuestro próximo rostro ya está en la semilla que hoy cosechamos y que somos. Hace diez años empezamos a ser, fuimos una biblioteca comunitaria sin el apellido de “agroecológica” en la vereda El Uval, en Usme, al sur de Bogotá y del mundo. Nació tratando de suplir la ausencia de libros, de cultura, de la otra cara de la vida que no tiene que ver con el mundo del trabajo, la misma que le ha sido negada al campo de manera histórica y sistemática, y aunque nos encontramos en el borde de la ciudad, la oferta en educación

y cultura para niños, jóvenes y viejos es, si no inexistente, escasa. Como no podemos quedarnos de brazos cruzados —porque las serpientes no tenemos brazos— decidimos ser ese pequeño nicho de libros, películas, músicas, teatro... Hasta que llegó a la biblioteca un grupo de agricultores urbanos y nos propuso, como ejercicio necesario, recuperar la vieja lectura de la tierra y del alimento, no solo libros, tareas, teatro. La vida en el campo, si no se reinventa desde el suelo, con el suelo, no se reinventa. Nada es porque sí, mudamos la piel para ahora tener azadones, semillas, lombrices... sin dejar a los libros ni la palabra a un lado. Esa combinación dio sus frutos, esa nueva piel cumplió su ciclo al igual que las personas que llevaron a cabo la muda y esa parte del camino. De esos diez años, los últimos tres han sido el proceso más largo y consolidado de nuestra piel, de cada una de nuestras escamas, de nuestro olfato, vista, tacto y voz. Mutamos como mutan los rumores en el campo, como las palabras, cambiamos, como todo lo realmente vivo: morimos y volvemos a nacer.

#### *Biblocarrito R4*

Somos una biblioteca itinerante nacida de la idea de compartir nuestra biblioteca familiar en distintos lugares de Bogotá. Con el tiempo, con el deseo de hacer familia y criar fuera de la zona urbana, en el año 2015 decidimos salir del centro de la ciudad para construir y reconstruir nuestro proyecto de vida desde la vereda El Verjón, ubicada en los Cerros Orientales, detrás de Monserrate, en las localidades de Santafé y Chapinero. Desde allí, comenzamos un camino trazado por los viajes, fieles a la idea de promover la lectura en lugares insólitos, de compartir y transmitir los saberes heredados del campo, las visiones y percepciones que se tienen en la ciudad con respecto al campo y en el campo sobre la ciudad; los motivos que tienen los habitantes para estar donde están, la pregunta por el lugar donde desearían construir su mundo, el mundo ideal que se sueñan, que nos soñamos. Así, con el tiempo, la biblioteca itinerante, cuya naturaleza es el movimiento, cuyo solo rodar denuncia las dificultades de acceso a la cultura, cuyos viajes son símbolo del intercambio, encontró en El Verjón el terruño donde cultivar y observar cómo se viven los procesos culturales desde lo comunitario. Así estamos, construyendo con nuestros vecinos el sueño de vida en la que ya llamamos nuestra vereda, encontrando el para qué.

#### **Sueños veredales**

##### **¿Qué anhelamos? ¿Qué se busca a través de los proyectos?**

Sembramos palabras para explorar con las personas vinculadas diversas estrategias metodológicas de fomento, apropiación y circulación de la cultura escrita en territorios y comunidades con acceso limitado a la misma por razones geográficas, administrativas y culturales. Para promover el desarrollo de estrategias didácticas y lúdicas que contribuyan a la apropiación de la cultura escrita en las localidades de Usme y Ciudad Bolívar a través de juegos, ambientes escenográficos para la lectura, puestas en escena y actividades comunitarias. Para generar escenarios físicos y virtuales de diálogo reflexivo en torno a las concepciones y prácticas comunitarias de fomento, apropiación y circulación de la cultura escrita, constituidas por las personas y organizaciones participantes en el proyecto y en relación con las políticas públicas y las discusiones de orden internacional en relación con las temáticas abordadas. Para potenciar el desarrollo de capacidades locales de diseño, gestión, sistematización y puesta en marcha de

estrategias y proyectos comunitarios para el fomento, la apropiación y circulación de la cultura escrita.

La esencia, sin embargo, es la misma. Esta serpiente que no se cruza de brazos tiene un medio cuerpo en la ciudad y otro en el campo, estamos en la frontera donde estos dos espacios se tocan, chocan, crean...nuestro propósito es, desde nuestro ser biblioteca agroecológica, cuidar la vida en común que tenemos, aquí, ahí, desde ese nuestro rincón, desde ese pedazo de tierra que sentimos como carne de nuestro cuerpo pero que no nos pertenece, desde esos los libros que siendo nuestros son de todas, de todos. No queremos nada para nosotras, somos lo que somos, necias, creativas, inquietas, pero también pacientes porque nuestra piel tiene todas las edades.

Existe un gran objetivo en nuestra labor como Biblioteca Agroecológica El Uval, este es “el cuidado de la vida en común”, allí la síntesis entre el quehacer bibliotecario y el agroecológico encuentran un lugar propio. Entendiendo que lo que aquí nos llama es el papel de la lectura en escenarios rurales, y en nuestra experiencia esto se traduce en el papel de la biblioteca, podemos decir que nuestro objetivo consiste en crear sentidos y encuentros en las comunidades y habitantes de la frontera urbano-rural de Usme a través de la lectura, la escritura, la oralidad y la memoria.

Desde que llegamos a la vereda, comenzamos a ver la necesidad real de los habitantes de la vereda para acceder a la lectura y, en general, a la cultura. Fue curioso, pues nuestro proyecto de biblioteca itinerante estaba rodando, pero no teníamos hasta ese momento un “terruño propio”. Con el Biblocarrito ha ocurrido que el amigo fiel, el carro económico, destartado, el de la familia colombiana de clase media de hace treinta, cuarenta años, ha podido salir del confort ciudadano, de la burbuja del centro del país, hacia lugares muy alejados de allí, para denunciar que desde que se conformó esta nación una cosa son las regiones y otra la capital. Y que el abandono estatal, político, cultural y educativo de estas regiones es, en gran medida, desidia. El triunfo de las malas prácticas políticas. El abandono que, en muchos casos, ha hecho imbatible la corrupción y ha sembrado la pobreza. Abandono que se siente apenas se cruza la zona urbana, a dos kilómetros de allí, detrás de la Universidad Distrital, en los cerros, ni se diga en El Verjón, donde hasta hace muy poco, y debido a cuestiones como la Zona de Reserva Forestal y el plan de manejo ambiental de la CAR, han comenzado a llegar instituciones, a las que, todavía, la comunidad no está preparada para hacerles frente, pues falta unión, cultivar el diálogo y buscar acuerdos entre vecinos.

## **El llamado de la ruralidad**

### **¿Qué nos inspiró? ¿Por qué el territorio y la gente determinan los proyectos?**

Como la semilla crece siendo una planta inesperada, así sucede con las ideas, aunque se parezcan a lo que se espera tienen formas, ramificaciones y hasta frutos sorprendentes. Sembradores de Palabras nació pensado para algunos lugares ya explorados a través del universo de la cultura escrita, no obstante mutó y se movió hacia personas y lugares impensados en el planteamiento inicial del proyecto. De esta manera Sembradores viajó de la montaña del barrio Paraíso en Ciudad Bolívar (lugar planeado) hacía San Joaquín en la misma localidad pero otra montaña y otros quiénes. Lo mismo sucedió en Usme, pues aunque se esperaba que el espacio de reunión se hiciera en la frontera de la localidad con Cundinamarca por el lado de Tihuaque y

Las Violetas, la vida nos llevó más arriba a la vereda Los Soches conectando igual la frontera pero en medio de montañas y cultivos.

Cuando cambian los “quiénes”

Sembradores de Palabras nació con la idea de reunir personas que se reconocieran como promotores de lecturas, bibliotecarios o líderes en temas de lectura y escritura con la posibilidad de generar un espacio de socialización de experiencias, de reconocimiento de metodologías y de diálogo de conceptos. Aunque ese propósito no cambio, si se transformaron los quienes, y es que no llegaron bibliotecarios experimentados, ni conocedores de libros y literatura, ni amantes de la lectura, ni estudiosos de la lengua habitantes, trabajadores o visitantes de las localidades de Usme y Ciudad Bolívar. En cambio en este proceso nos encontramos con un grupo de mujeres campesinas y rurales habitantes de la vereda de Los Soches en la localidad de Usme, que desde su experiencia personal como madres y lideresas de su comunidad luchan por forjar espacios para los más jóvenes de su territorio, que con nostalgia cuentan la historia de la biblioteca y la escuelita que construyeron juntas y que ahora está cerrada por esas cosas del destino. Mujeres que dividen su tiempo entre las labores del campo, del hogar y de entrega a su comunidad y que han visto en Sembradores una pequeña semillita para empezar de nuevo a construir un lugar para reunirse entre huertas, libros, fogones y sueños, gracias a la Fundación Unbound este grupo de mujeres se sumó, se quedó y se ha comprometido con esta siembra.

En otra de las montañas de esta Bogotá inmensa nos encontramos con un grupo de jóvenes que a través del parkour y el acondicionamiento personal van tejiendo el juego de la cotidianidad, adolescentes y jóvenes que con sus manos e ideas construyen la sede de la Fundación Joshua en el barrio San Joaquín en Ciudad Bolívar, personas que reconocen que tienen la posibilidad de transformar la realidad de sus familias, de sus barrios, de sus lugares, sus propias vidas y se hacen cargo. Que se están jugando por sembrar en ellos y en los suyos el interés por volar a través de las historias, la narración, la poesía y formas infinitas de la lectura y la escritura enlazadas estas con el cuerpo, sus movimientos, su espíritu y su fe. La pequeña biblioteca de la Fundación es el lugar ideal para el encuentro de este semillero de sembradores.

Cuando los quiénes cambian, tenemos la oportunidad inmensa de migrar nuestros saberes a un diálogo sin pretensiones pero con ilusiones, de caminar por la experiencia sencilla de la vida y su hacer, sin necesidad de reconocimientos ilustres solo con la búsqueda de acciones reales. En Sembradores de Palabras los quienes supuestos se quedaron en eso y los quienes que se sumaron han dado la justificación perfecta a esta iniciativa que nos sigue enseñando que estamos en el lugar, a la hora y en los abrazos en los que debemos estar.

Nos pasa siempre que vengan a preguntarnos ¿qué es una biblioteca agroecológica? ¿Cómo así? ¿Cultivan libros? ¿Se comen los libros? ¿Es una biblioteca llena de libros que dicen cómo producir comida, cuidar semillas, no contaminar el mundo? Y puede que sí, que sea todo eso que tratan de relacionar en su cabeza o algo mucho más sencillo.

Dijimos que hemos tenido diferentes momentos, unos mejores que otros, y de todos aprendimos, hay cosas que se mantienen, al estar ubicados en esta frontera urbano-rural nos encontramos en los márgenes espaciales, económicos y sociales, por tanto el acceso a la cultura universal, escrita, oída, al igual que el acceso al alimento es limitado, por tanto, injusto.

Suponga usted, que nos lee o escucha, que para leer sólo tiene tres libros, siempre los mismos y de dudosa calidad, o bien, que para comer siempre tenga lo mismo: arroz, papa, pasta. Que,

además, para acceder a unos mejores libros o una mejor comida tendría que trabajar mucho más porque le resulta bastante costoso. Ahí, en esa situación, aparece una Biblioteca Agroecológica, una que piensa enriquecer el cerebro y el estómago, pudiendo traer más libros de todo tipo—aunque limitados—y más semillas, de papa, de cubios, de legumbres, etc., que, además, pretende sean de “buena calidad”, es decir no le damos a la cabeza para que se alimente libros de autoayuda, los de Disney que aparecen en el escaparate de cualquier almacén frente a la caja, o aquellos que llegan como donación pero que en la casa son basura y estorbo: el manual de la buena secretaria, el código del trabajo del 82, el nuevo testamento (que además reparten gratis), los libros de texto actualizados del 94, etc., así como tampoco le ofrecemos al estómago un cóctel de funguicidas, herbicidas, pesticidas y otros pequeños homicidas.

Se entenderá entonces que la Biblioteca tiene que trabajar en la tierra y tiene que leer, pero además tiene que cocinar—siempre hay una olla en el fogón—porque ni leer ni sembrar se puede con el estómago vacío. Tampoco puede pensar que nosotras sólo aprendemos cuando leemos el libro, no, no, aprendemos mucho de la tierra porque con ella experimentamos, podemos jugar—muy seriamente—al ensayo y error, podemos conversar con el campesino a ver cuál semilla lo devuelve a la infancia llena de papas de colores y cubios de diferente sabor, podemos consultarlo no como alguien que necesita ser ayudado, sino como alguien que al saber nos puede ayudar.

Como biblioteca itinerante, pensamos en antecedentes como proyectos que nos han enseñado sobre el asunto: Biblioburro y La Carreta Biblioteca, de Boyacá. Como bibliotecas no convencionales, por el asunto de los puestos de lectura, nos parece un antecedente fundamental el proyecto de los Paraderos Paralibros y los puestos de lectura en Plazas de mercado. Como biblioteca rural, nuestro antecedente e inspiración es la Red de bibliotecas rurales de Cajamarca, Perú. Creemos que hay ciertos vacíos en los planes de gobierno, pero que el plan DICE y Leer es volar son marcos que sirven para trabajar desde nuestra experiencia en ruralidad, ya que en ellos hay un interés fuerte en fomentar la cultura escrita y el real acceso en las comunidades.

Para este proyecto en especial, que contemplamos desde dentro del proceso del Biblocarrito como la tercera fase de los puestos de lectura en la vereda, tuvimos en cuenta la experiencia vivida el año anterior, cuando comenzamos a realizar y poner en marcha una programación de talleres de promoción de lectura en los distintos espacios de la vereda, abordando tanto con la población habitante (campesinos, rurales, neo rurales, gente adinerada) como con los visitantes esporádicos de la vereda (ciclistas, caminantes, deportistas, turistas de paso, ecologistas) las temáticas de memoria, identidad y territorio. Notamos, entonces, que no debíamos quedarnos en la oferta de lectura, y en los talleres de lectura en voz alta, sino que podíamos y la comunidad quería contar con talleres variados que abordaran otras artes como las plásticas y la música, además de las ciencias, pues los niños y niñas de la vereda no tienen acceso a otras manifestaciones de la cultura aparte del colegio. Durante ese proyecto anterior, muchos artistas, docentes y promotores de lectura manifestaron su interés en compartir sus lecturas y saberes con los niños y niñas de la vereda, de manera que leímos la situación y decidimos planear este proyecto.

## **Jugando entre nubes**

**Metodología: ¿Por qué hacer lo que se hizo? ¿Qué se hizo y cómo se hizo?**

En cada uno de los territorios encontramos un grupo que se permitió jugar y crear estrategias que no sólo les permita a ellos sino además a sus comunidades acercarse a la lectura, a la escritura y la narrativa oral. Así en una serie de encuentros exploramos los diversos significados de la lectura y la escritura, conversamos sobre las experiencias escritas o leídas que marcaron nuestras vidas, conocimos textos, sus características, sus formatos y sobre todo sus mensajes, construimos escenarios y escenografías que fueron juegos, estrategias, espacios y proyección de sueños. Luego nos reunimos en la actividad “La palabra jugada en comunidad” y allí cada colectivo, las mujeres en Usme y los y las jóvenes en Ciudad Bolívar compartieron con su comunidad obras escénicas para leer y pensarse sus cotidianidades, juegos de habilidad, textos sobre plantas y drogas, estrategias para invitar conocer, a leer y escribir. Los colectivos se encontraron y se abrazaron para confirmar que vale la pena. La experiencia de la madres líderes que desean una biblioteca en la vereda inspiró a los adolescentes y jóvenes que sueñan que la biblioteca de la Fundación a la que asisten se vuelva un lugar de reunión para niños, niñas y grandes en su barrio. En cada encuentro empezamos con una lectura, luego conversamos y siempre creamos.

Es difícil seleccionar dentro de nuestro trasegar libros y actividades específicas, aun así en nuestro acervo hay siempre una constante en la forma que cobran nuestros talleres y sesiones. El libro, la lectura, siempre está al inicio, cumple el papel de abrir las puertas, es decir la boca, la cabeza, los ojos, y detona la conversación, la curiosidad, la memoria.

Al tener que movernos entre caseríos y barrios, entre trochas y calles, es siempre útil tener esta base, si bien hay momentos donde la lectura es el principio y fin de las actividades, una actividad de promoción de lectura en su sentido más estricto, en otros cumple la función de ser una parte de algún ciclo más amplio dentro de las tareas que tenemos como Biblioteca.

Para dar un ejemplo: leemos *Semillas de México* para activar la curiosidad, la indagación, la búsqueda en el recuerdo o en algún rincón de la cotidianidad la relación que tenemos con las semillas, nuestro alimento, con el suelo, para de ahí pasar a un taller de cómo preservar semillas nativas o de identificación de las mismas. Esto haría parte de uno de nuestros ciclos amplios, el de “Semillas”.

O bien un día decidimos leer textos que abordaran “la guerra y sus consecuencias”, llegando a *La partida del soldado*, si bien nuestro propósito se enmarcaba en acercarnos a la guerra como un hecho que constituye nuestra realidad y nuestra Historia como país, como sociedad, no esperábamos que fuera un niño de la vereda el que nos acercara a la realidad de la manera más descarnada y tierna preguntando: *Si yo no quiero aprender a matar, ¿con quién me voy? ¿La guerrilla o el ejército?*

Al ser nuestro propósito cuidar la vida en común no es para nosotras extraño que el libro y nuestra tarea como Biblioteca nos lleve a las interrelaciones más inverosímiles entre el libro, los textos, y la cotidianidad, el pasado y presente de las comunidades con las que trabajamos, la Historia y Geografía nacionales, con nosotros mismos. A la larga el trabajo que hacemos siempre se vuelca hacia nosotras como un espejo del tiempo.

Desde que el proyecto fue pensado, nos planeamos tres momentos distintos. Por una parte, adecuamos los puestos de lectura y, de manera sorprendente pero también natural, fluyendo con el proceso que hemos tejido, se pudo abrir a finales de noviembre un cuarto puesto de lectura. En esa adecuación involucramos por completo a la comunidad, buscando, como siempre, una mayor

apropiación de los espacios. El otro momento importante como tal tuvo que ver con la planeación y realización de los talleres de lectura, arte y ciencia. Vimos la necesidad de juntarnos alrededor de temas que fueran de interés y despertaran la imaginación de los niños y niñas, la curiosidad científica, el interés en preguntarse por el mundo... En esta etapa trabajamos intensamente, procurando tanto que los niños participaran activamente y atentos a la pregunta, como con los padres de familia de la comunidad y con los talleristas invitados, con el fin de que ellos mismos reflexionaran sobre el territorio, lo que suscita, el privilegio, de algún modo, de trabajar en la ruralidad. Un tercer momento tuvo que ver con las socializaciones, que pensamos como grandes encuentros entre la comunidad habitante y los visitantes de la vereda, y que giraron en torno a la música, a la palabra en los cuentos (siempre hay préstamo de libros, lecturas en voz alta, y para los cierres tuvimos la fortuna de que Celso Román, padrino del Biblocarrito, nos acompañara) y a la fiesta del alimento, la reunión, el espíritu familiar con el que siempre vivimos nuestros encuentros.

### **La palabra jugada**

**Recursos usados: ¿Qué leemos y cómo leemos? ¿Qué leyeron, a dónde fueron, qué lugares visitaron?**

Es preciso decir que leímos diferentes tipos de textos de escritores reconocidos y noveles en el circuito literario oficial, en esencial cuentos cortos, como El Ratón y El Ladrón de Jihad Darwiche, La Peor Señora del Mundo de Francisco Hinojosa y Rafael Barajas, El esqueleto de visita de Evelio José Rosero y algunos cuentos clásicos de la literatura universal, entre otros. Libros de poemas como Cuaderno de Viajes de nuestro amigo Pablo Peregrino, Poesía de German Hesse, Jairo Ojeda, María Helena Walsh, Octavio Paz, Kahlil Gibran, entre otros. Y siempre compartimos las creaciones narrativas o poéticas que surgieron del mismo encuentro.

Pero antes de pasar al siguiente apartado queremos dejar los títulos y autores que hemos usado: *La casa tomada* de Julio Cortázar en relación al desplazamiento forzado, *Camino a Casa* de Rafael Yockteng y Jairo Buitrago, si de abordar la guerra se trata, para la muerte tenemos a *El pato y la Muerte* de Wolf Elbruch, para el profundo océano de la condición humana en menos de una cuartilla tenemos a Eduardo Galeano, mujeres latinoamericanas como Gioconda Belli, María Mercedes Carranza, Pizarnik, para el pasado del campo nos ha sido útil *Wangari* y en la situación difícil del pequeño campesino *¿Cuánta tierra necesita un hombre?* De Tolstoi, para la situación presente difícil y angustiante del campesino que vive en la frontera urbano-rural tenemos nuestro *Semillando* con un artículo de Deissy Camelo Rangel.

Durante los talleres, las experiencias estuvieron ligadas constantemente a los libros. En los talleres de ciencia, por ejemplo, o "saberes compartidos", como decidimos llamar a esta serie, en las 6 sesiones dedicadas a ciencia, hicimos talleres de experimentos (mocos) con base en cuentos de Roal Dahl y de la colección "Asquerosologías",

Para los talleres de artes plásticas, trabajamos de la mano con los colectivos Zorro+Conejo, Casa de la Plastilina y Taller de QuinKin, quienes aportaron sus saberes en promoción de lectura, también, en varios momentos. Los talleres de dibujo "flora del páramo" y de "Juguetes" se realizaron en El Marquez del Once y pudimos leer "En el desván", se Satoshi Kitamura, la Bitácora de flora del páramo, del Instituto Humboldt, y libros sobre plantas y saberes del proyecto

Comunidades de páramo. En el taller de plastilina leímos “El Espíritu del páramo”, de Celso Román, y los animales que realizamos fueron, en una de las sesiones, osos de anteojos.

En los talleres de música, participaron Héctor Hernando Parra, músico miembro de la Red de Escuelas de Música Tradicional de Cundinamarca, y Julio Galeano, de la Comunidad Cucharera, Héctor hizo un trabajo precioso y difícil, como es el que niños y adultos escribieran en verso sobre la vida en la zona urbana y el descubrir el campo, la cotidianidad. Con Julio se realizaron talleres de cucharas como instrumento musical. Estas sesiones las dinamizamos con lecturas muy bellas, como el comienzo de Las aventuras de Pinocho, editadas por Libro al Viento, en el que el maestro Cereza se encuentra con un trozo de madera, para hablar sobre las cucharas de palo, y La cucharita, historia de una canción, para hablar de la cuchara como un objeto simbólico, también. Fueron sesiones bellísimas.

En los talleres de literatura como tal, se leyeron libros como Yipo, de Juan Gedovius, para invitar a la creación de libros de imágenes tipo friso hechos por los mismos niños; numerosos libros y materiales visuales (linternas, rompecabezas) sobre el tema de los dinosaurios, que apasiona a los niños (Encimosaurio, también de Gedovius, fue uno de los libros compartidos), más un taller de elaboración de fósiles con harina y sal, y Linterna mágica, de Lizi Boyd, para llegar a la elaboración de historias dibujadas hechas con pinturas fosforescentes y experimentando con luz negra, aprovechando el espacio que brinda la caseta de La Naranja. Cabe anotar que varios de los libros leídos con Laura, la tallerista invitada, son libros de imágenes, pues se intentó acercar a los niños a la narración a través de imágenes como una forma de llegar a las propias creaciones. En el taller de literatura “De piquis, ranas y turmequés” se hizo una labor de promoción de tres títulos especiales de Libro al Viento, en este caso Historia del buen viejo y la bella señorita, Juan sábaló y La condesa de O. Para integrar el programa de Libro al Viento con el taller, se ofreció a los participantes la oportunidad de jugar juegos tradicionales como las canicas (cuadrito) y el tejo. Todo tipo de personas se integraron, desde ciclistas y campesinos hasta miembros del Ejército. Se planteó que el premio para quien hiciera una “mecha” sería un ejemplar del título que quisiera, después de contarle de qué trataba cada libro y leer un fragmento con la persona. Fue una sesión muy especial, en la que también se evidenció la diversidad de las personas y cómo la lectura, entre otras miles de cosas, puede ser también un hecho social, que nos une, nos hace parte de un grupo, como el juego del tejo.

## **Narrando territorios**

### **Resultados: ¿Qué impacto tuvieron en el territorio y la gente?**

Más allá de expresar un resultado nos gustaría conversar sobre cómo nace un proceso, si bien en términos del proyecto se cumplieron las expectativas descritas en lo formal del mismo, sembradores es como su nombre lo indica una forma de compartir diversas posibilidades de empezar un camino. En la vereda Los Soches las madres líderes que allí confluieron en compañía de sus hijos o nietos se pensaron en maneras de consolidar en un espacio físico una biblioteca veredal que se convierta en un centro para realizar diversas actividades comunitarias, pero también se miraron en el interior de sus prácticas cotidianas y decidieron cambiar el chisme por la lectura, recordar sus habilidades creativas para hacer lecturas de cuentos clásicos acompañadas de títeres y armar juegos con retos basados en una lectura.



Los jóvenes de la Fundación Joshua en San Joaquín idearon dos estrategias: una que relaciona el parkour (disciplina de su interés) con juegos de lectura y escritura organizados como un tradicional parkour, allí crear historias a partir de dibujos de emoticones y story board o resolver adivinanzas sobre un cuento o representar con mímica una historia permite acercarse al mundo de la lectura, en principio de lo está permitiendo a ellos; la segunda estrategia a través de un juego de mesa permite a los participantes conocer la historia, los pro y los contra del uso de las sustancias psicoactivas y en sus retos deben vivir diferentes retos relacionados con la lectura y la escritura.

Además de lo descrito, fue muy enriquecedor el encuentro de experiencias de los grupos de las dos localidades, que cada grupo haya visitado en su territorio al otro permitió establecer un lazo de confianza no sólo entre las personas, sino entre los sueños de cada uno, entre las realidades que supone cada lugar y en el deseo de continuar haciendo en y para sus comunidades.

### El eco y la voz

¿A dónde han parado todas las palabras dichas, los cuentos leídos, los textos escritos, las cosechas y siembras? Hemos estado en barrios y veredas, hemos hecho carnavales con otras organizaciones, con las comunidades, participamos de la red de bibliotecas comunitarias de Usme, hemos leído en caseríos, nos han recibido en casas y salones comunales, nuestros libros los hemos prestado y también nuestras instalaciones...

Es difícil saber todas las formas en las que nuestra voz se ha convertido en eco, difícil porque aquellos seres que no tienen voz hacen parte de nuestro trabajo: las abejas que pueden moverse tranquilas y que cuidamos, las aves que nos visitan, las lagartijas, serpientes y ranas que anidan, los sabores que nutren al suelo, a nosotros y a quienes nos visitan. Es difícil explicar de nuestra voz su polifonía, no hay lectura completa de nuestra experiencia si se separa al libro de la vida que nos circunda en tantas de sus formas.

Pero sí sabemos que nuestro eco se ha transformado en voz, hemos ido a través de barrios y veredas recuperando la memoria colectiva de estos espacios, hemos conseguido suficientes condiciones para escribir en colectivo a través de *Semillando*, nuestro periódico, hemos revitalizado la conexión entre el barrio y lo rural mediante recorridos, talleres, eventos, quienes trabajamos como Biblioteca nos hemos formado una y otra vez en el trabajo con comunidades, aquí el campesino puede aprender, compartir y sistematizar sus saberes, apropiarse de otros que ayudan en su vida práctica, además llegan a un lugar donde pueden entrar en contacto con diversas generaciones, nos hemos vinculado con escuelas rurales y urbanas para que las más jóvenes conozcan su territorio. Creemos que ahí, entre nuestra voz y el eco, está naciendo otra voz.

El Biblocarrito y sus puestos de lectura, con la realización del proyecto De camino al páramo, se ha consolidado como un proyecto cultural enfocado en la ruralidad y en la reflexión sobre las relaciones tan diversas que hay entre las zonas urbana y rural de la ciudad. Hemos crecido en experiencia y vimos, a través del proyecto, todo lo que aún tenemos que aprender sobre cómo realizar procesos que involucren a la comunidad, participativos, realmente. Estos meses nos han ayudado a ver con claridad cuáles son las necesidades de nuestra vereda, de qué otras formas tenemos que trabajar y cómo aprovechar la visibilización que hemos tenido para seguir contribuyendo a la cultura, al fomento de la lectura con campesinos, habitantes rurales y neo

rurales. Pudimos reconocer a agrupaciones artísticas, artistas y talleristas que, como nosotros, están interesados en trabajar con comunidades rurales y quieren compartir sus saberes, vincularlos, compartir experiencias.

Desde que llegamos a la vereda, en el año 2015, hemos intentado trabajar, poco a poco, despacio, a través de la lectura como una forma de transformar el territorio, repensarse la ruralidad y empoderar a la comunidad. Creemos que la cultura y especialmente la lectura son necesarias para que nuestra vereda sea más autónoma y, a pesar de su fragilidad, las diferencias, los problemas de lo comunitario, vea en el arte y en el saber leer y escribir una forma de hacer frente a estos problemas. Así, en nuestra vereda, los puestos de lectura han ofrecido quizás de manera única y poco común espacios de encuentro real, de conversación, de libertad y aprendizaje para los niños y niñas. El territorio se ha visto transformado por esta irrupción de libros –no solo como objetos, también como detonantes, también por el hecho social de la lectura, los talleres, las lecturas en voz alta, los préstamos– en lugares inesperados, para ahora llegar a ser parte de la vereda, de su identidad.

Los puestos permanecen más allá de la duración de esta beca. Vimos que, poco a poco, personas de la misma comunidad aparte de nosotros se apersonaron de la labor de cuidar, prestar, hacer promoción de lectura en estos espacios. Se fortalecieron los lazos de colaboración; nos reconocimos, durante estos meses, entre gestores culturales y el proceso se expandió mucho más allá de lo que realizamos en De camino al páramo. Es probable que el año que viene nos pensemos estos talleres (una programación cultural permanente y novedosa) ya no solo desde talleristas externos sino también desde los sabedores, profesionales y mediadores de la comunidad, y esto nos parece un avance importante.

El hecho de que, con una familia habitante de la vereda, nos hayamos podido aliar para montar un nuevo puesto de lectura, y que además otras personas, en su mayoría mujeres de la vereda, estén interesadas en contar con un espacio para la lectura en sus casas y negocios, es una muestra bellísima de que el proyecto de los puestos de lectura, que planteamos como un “sendero lector” en la vereda, pueda llegar a sostenerse con la misma comunidad. Es emocionante.

### **Para seguir soñando**

#### **Retos: ¿Se presentaron inconvenientes?, ¿cómo los superaron?**

No ser propietarios de la tierra, ver cómo el trabajo con niñas y jóvenes se ve truncado frente a la realidad familiar de cada quien teniendo que salir a trabajar, poder trabajar con los recursos limitados que tiene un proyecto comunitario hacen que tener las puertas abiertas durante diez años sea el primer logro y la tarea más difícil.

La Biblioteca convive con población rural en condición de arrendatarios, por tanto es constante su movimiento, lo mismo sucede con la gente de los barrios, también hay de aquellos que cambian de residencia entre lo urbano y lo rural, por tanto debemos generar programas de extensión ya que la convocatoria se hace difícil y los procesos se caracterizan por lo inestable que es la vida familiar en este contexto.

Hemos enfrentado robos, falta de dinero para pagar el arriendo, personas de nuestro equipo que deben ir a trabajar, asumir equivocaciones del pasado aunque no estén en nuestras manos, estar en medio de un tejido social afectado por el acaparamiento de tierras, la especulación del suelo, la

expansión urbana, los encuentros y desencuentros intergeneracionales, y las nuevas identidades de quienes viven en la frontera urbano-rural.

Las dificultades propias y del contexto nos hacen precisamente reales, auténticos en nuestro intento de mantenernos a pesar de las limitantes, no pretendemos ocultar nuestras carencias, ni maquillar la realidad de con quiénes y dónde trabajamos, lo sorprendente es decir: aquí seguimos y de aquí no nos vamos.

La última palabra...

Esta serpiente no se muerde la cola, tal vez la siguiente transformación nuestra sea una rana que tiene su propia metamorfosis, que salta, nada, bebe del sol y come de la tierra. Como Biblioteca estamos insertos en la inmensa Historia que tenemos como Latinoamericanos, vivimos en el difícil mundo de un campo y una ciudad injustos, en los márgenes.

Nuestro trabajo es con y para quienes nunca han parado, quienes vienen huyendo de la pobreza, que se van con el primer sol y regresan con la primera luna, con quienes viven solos y solos trabajan la tierra, no tendrán pensión, ni título de ningún terruño, para quienes fue negada la escuela, la universidad o una vida tranquila.

Esta última palabra que aquí dejamos nos dice: no dejen de hacer lo que es nuestro deber hacer. La generosidad del espíritu humano está en compartir, en hacer en común la vida y reinventarla, nuestra Biblioteca es paraje para quienes nunca tienen tiempo, ni para sí mismas, es palabra para quien vive solo y en silencio, es un destello de vida renovada para quien viene del barrio o la vereda, es palabra hecha de muchas palabras.

Nuestra palabra está comprometida con la vida, ¡la palabra es para quien la trabaja y para quienes trabajan!

Biblocarrito es móvil, viajero. En estos años de trabajar con una comunidad en específico, ya hemos tenido unos unos cuantos estrellones con los asuntos, por una parte, de asumir un proyecto de promoción de lectura independiente y autogestionado, y por otro lado querer trabajar por una comunidad que, a la vez que te regala los mejores momentos, te revela los problemas de todo un país en su micro proporción... Pero digamos que aún quedan energías y años para gastarlos en batallar. Luis Bernardo Yepes, promotor de lectura paisa, lo dice así: “Mis objetivos forman parte de las utopías, por tanto, lucho para acabar con la injusticia social que se campea en mi país acentuada por la tiranía de los ricos, la guerrilla sin horizonte, el paramilitarismo ciego, el narcotráfico opulento, la farsante parapolítica y la robopolítica perpetua. ¿Se necesitan más males para que satanicen a un ciudadano en el mundo? Yo promuevo la emancipación de los seres, y la lectura es apenas un medio con el que aspiro a conseguirlo”.

Para nosotros, el deseo de que los puestos de lectura sean apropiados por los habitantes, dejen de depender de nosotros, es motivador, muestra de que estamos haciendo el trabajo comunitario que anhelamos. Siempre está en nosotros la conciencia de ser “chinos de ciudad”. Hay un desarraigo particular... Un aislamiento muy fuerte. En la juventud, salimos con las ganas de cambiar el mundo pero, hay que aceptarlo, o al menos echarle cabeza un rato, desechamos rápido o a veces ni siquiera contemplamos la idea de trabajar en el barrio donde nos criamos, o con nuestra familia de sangre... Y andamos por ahí buscando hacer parte de algún proceso comunitario. Hay una vocación de querer transformar las cosas. Y a veces hay que buscar a la comunidad, porque en las zonas urbanas eso ya casi no se ve. Puede que las historias de muchas otras bibliotecas comunitarias sean muy distinta a la que aquí contamos. Quizás tienen la fortuna

de habitar y trabajar por la comunidad en donde nacieron, con ella. Qué maravilla. A muchos nos ha pasado que queremos hacer algo y no hallamos dónde. Téngannos paciencia, la ciudad nos ha hecho torpes, no sabemos dónde está nuestro terruño. Si ven a uno de nosotros por ahí, échenle una manito. Está el deseo, pero falta la raíz, la tierra. Aquí seguimos, labrándola, aprendiendo todos los días, poco a poco, encontrando también nuestra propia identidad.